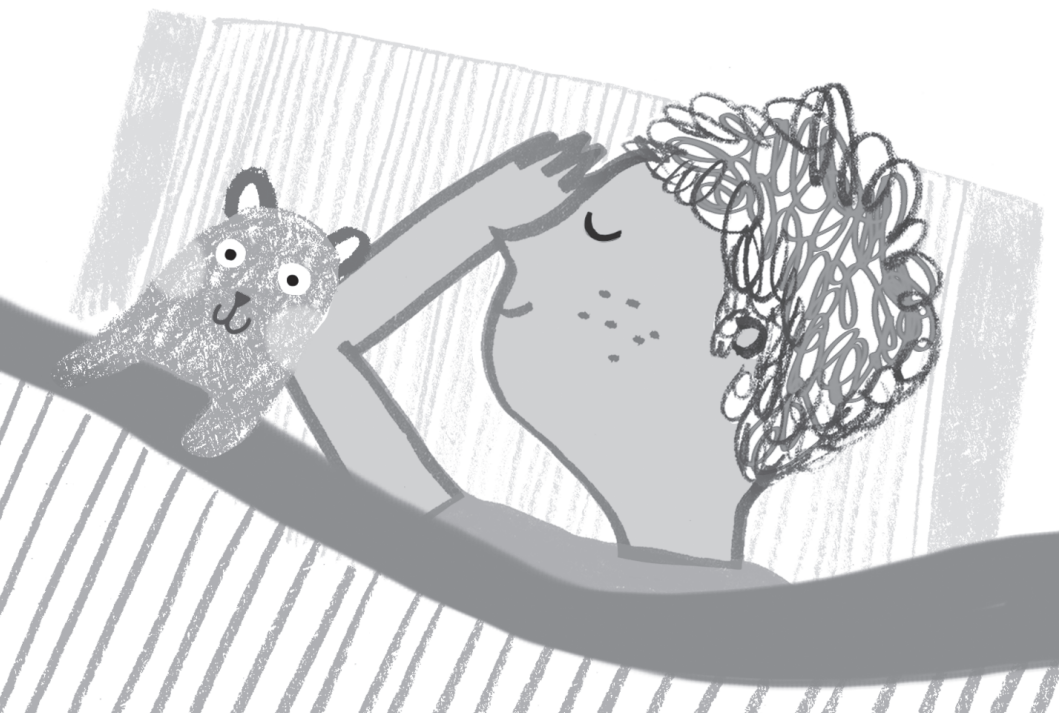


1. Un nuevo curso

Cuando terminan las clases y empiezan las vacaciones, me pongo muy contento. Porque, menos las cosas prohibidas, puedo hacer todo lo que quiero, como mi hermano, que es pequeño y vive como un rey. Puedo dormir hasta la hora que me apetezca, o montar en bicicleta, o también, si mis padres están de acuerdo, invitar a un amigo a casa para jugar... Y cuando en agosto nos vamos a la playa, me pongo todavía más contento.

Pero, en cuanto volvemos, ya empiezo a echar un poco de menos el colegio y me entran ganas de ver a mis compañeros. Y esto, en mi opinión, es una suerte, porque así, cuando empiezan otra vez las clases, me alegro de ir. Además, este año que sé un poco más, ni siquiera tengo miedo de hacer mal los deberes. Si me equivoco, los repito intentando no equivocarme.



El primer día nos divertimos con un montón de juegos y adivinanzas que la profesora nos leía de un libro. Nuestra profe fue muy lista, porque, en vez de hacernos pasar de golpe de la buena vida al estudio, hizo que nos acostumbráramos poco a poco a las cosas serias y así no nos dimos cuenta de que habían vuelto a empezar las clases.

Me gustó mucho un juego al que jugué con Marcos, entre otras cosas porque descubrí el truco para ganar. Se llama «El primero que llega a 10» y funciona así: un niño tiene que decir 1 o 2, el otro tiene que añadir 1 o 2, luego el primero suma otra vez 1 o 2, y así sucesivamente hasta que un niño dice 10 y gana.

Empezó Marcos y dijo 1, yo añadí 2 y dije 3, él dijo 4, después yo dije 5, él 7, yo 8, y ganó él diciendo 10.

Lo repetimos y empezó él porque había ganado. Dijo 1, yo 2, él 3, yo 4, él 6, yo 7, él 9, y gané yo porque pude decir 10. De tanto jugar descubrimos cómo ganar, pero no queremos decírselo a los demás para mantener el secreto.



El truco es este: tienes que conseguir decir 7, porque de esa forma seguro que ganas tú. Si tu amigo dice 8, tú añades 2 y llegas a 10; si, en cambio, dice 9, añades 1 y también llegas a 10.

El primer día de colegio es un camino de rosas y casi parece una fiesta, pero después el curso dura muchos meses... y algunas veces los niños no tenemos ganas de ir al colegio. Pero nuestra profe ha dicho que nos divertiremos durante todo el año: «¡Os lo prometo!». Esperemos que sea así.

2. Un cuento

Cuando nuestra profe era pequeña como nosotros, no entendía muy bien las matemáticas y eso la ponía triste y la desanimaba. Por eso, ahora que es profesora, se esfuerza muchísimo para conseguir que las entendamos y no nos desanimemos. Nos ha contado que después, poco a poco, llegó a dominarlas y ya no estaba triste. Igual que me ha pasado a mí. A ella no le molesta que en clase hagamos pasatiempos como los sudoku o juguemos a los barcos, porque dice que son juegos de astucia que hacen razonar; y razonar es bueno para la mente.





Además, como a los niños nos gustan los cuentos, porque estamos acostumbrados a que nos los lean nuestros abuelos o nuestros padres (yo pido que me cuenten uno antes de dormir), la profe también cuenta algunos.

Este es el primer cuento que nos contó y se titula «Un niño como vosotros»:

Érase una vez un niño muy listo que iba a primaria, como nosotros, y que con el tiempo se hizo famoso. Este niño dejó boquiabierto a su profesor. Esto fue lo que pasó: un día, el maestro quería estar un poco tranquilo para poner al día su cuaderno de notas, así que mandó hacer a toda la clase un ejercicio muy largo. Dijo: «Sumad los números del 1 al 100». Y pensó: por fin voy a estar tranquilo mientras hacen todas esas sumas.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, aquel niño, que se llamaba Friedrich, como mi primo Federico, y era alemán, se acercó a la mesa del profesor con el resultado exacto: 5.050, cinco mil cincuenta.

El profe se puso inmediatamente a hacer las cuentas y vio que la suma era correcta. Entonces quiso saber qué había hecho para calcular tan deprisa.

Y Friedrich explicó que se le había ocurrido una idea magnífica: emparejar todos los números que sumados dan 100.

$$1 + 99$$

$$2 + 98$$

$$3 + 97$$

$$4 + 96$$

... .. *continúa*

$$48 + 52$$

$$49 + 51$$

Como estas parejas son 49, el total era 4.900; pero aún había que sumarle el 100 y el 50. Por lo tanto, el total daba 5.050.

El profesor se sorprendió por lo listo que había sido encontrando el atajo para hacer el cálculo y comprendió que podía llegar a ser un gran matemático. Voy a hacerle estudiar mucho, pensó entonces. Así, con su inteligencia, podrá descubrir un montón cosas y ser útil al resto de la gente. Y así, Friedrich, que se apellidaba Gauss, de mayor inventó muchas fórmulas y se hizo famoso.

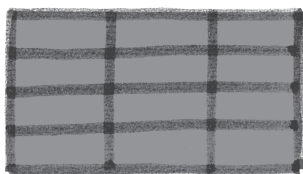
Me gustaría que a mí también se me ocurriera una idea tan buena como la suya.

3. Cuando tienes un hermano, debes repartir las cosas con él

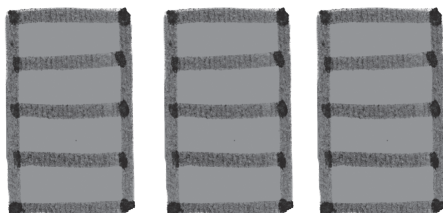


Antes de que naciera mi hermano pequeño, todo era para mí. Si venía mi abuela y traía una caja de chocolatinas, yo sabía que no debía comérmelas todas seguidas para que no me doliera la barriga, como me pasó aquella vez con los

bombones helados, pero no tenía que repartirlas con nadie. Como mucho, les ofrecía a mis padres. Desde que nació él, vamos a medias en todo. De todas formas, estoy contento, porque cuando se haga mayor podré llevarlo conmigo a jugar al rugby y a lo mejor llegamos a ser dos campeones como los hermanos Bergamasco. Hoy la profe nos ha explicado precisamente eso: repartir una tarta, caramelos o una tableta de chocolate. Si la divides en partes iguales, esas partes se llaman **fracciones**. Eva, la niña del piso de arriba, ya me había avisado: «¿Vosotros habéis estudiado las fracciones? Ya verás lo difíciles que son...». Por eso estaba preparado y las he entendido perfectamente. Las fracciones funcionan así. Al principio tienes una cosa entera: una tarta, una tableta de chocolate, una bolsa de caramelos o de cromos... Luego divides esa cosa en partes iguales. Supongamos que tienes una tableta de chocolate.



Y supongamos que tienes dos amigos. Como en alguna ocasión ellos han sido generosos contigo, tú también quieres ser generoso con ellos y por eso divides la tableta en 3 trozos iguales. Así:



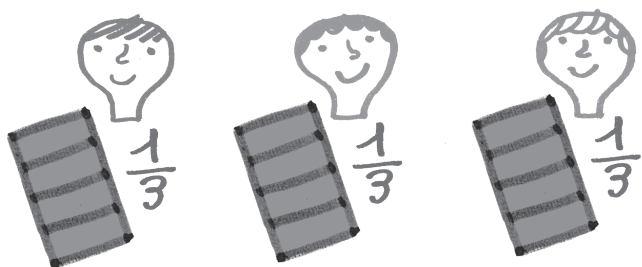
¡Ya está, has hecho fracciones! Cada una de estas fracciones se llama «un tercio» porque es la tercera parte de la tableta. Esto es fácil.

Pero, como los matemáticos quieren usar los números en lugar de las palabras, en lugar de escribir «un tercio» hacen esto:

$$\frac{1}{3}$$

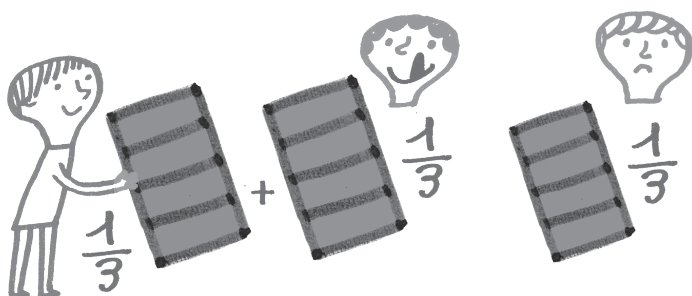
Esa rayita que separa el 1 del 3 sirve para recordarte que has cortado la tableta de chocolate en 3 partes; por eso, si quieres, puedes dibujarla en forma de cuchillo.

$$\frac{1}{3}$$



Al principio, yo dibujaba un cuchillo chulísimo, aunque hubiera partido la tableta con las manos, pero ahora ya no lo dibujo, así voy más rápido.

Una vez que has hecho esto, es posible que uno de tus amigos no se coma su trozo de chocolate porque está empachado y te lo dé a ti. En ese caso, te toca un tercio más, o sea, dos tercios.



Eso se escribe así:

$$\frac{2}{3}$$

Entonces entiendes por qué el 3 se llama **denominador**, porque da nombre a la tableta de chocolate, y el 2 se llama **numerador**, porque se refiere al número de partes que coges.